

Discurso de contestación a don José Valverde Madrid, en la recepción de este Académico Numerario el día 15 de Diciembre de 1961, escrito por don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

SRAS. Y SRES.

Se ha dicho con frase algo irónica que los académicos pasan a la inmortalidad porque ya su nombre no será olvidado en tanto que subsista la memoria de la cultura a la cual pertenecemos.

Cierto que los académicos son inmortales, porque el espíritu nunca muere, y todos ellos, cuando llegan a ocupar una sede académica han hecho méritos del espíritu tales que su nombre ya nunca perecerá, aunque en vez de ser grabado en mármoles ni bronces, sean las volanderas hojas de papel las que se encarguen de transmitirlo a las generaciones venideras.

En esta inmortalidad de los espíritus cultivados se inscribe hoy a don José Valverde Madrid, quien, como aquellos otros que alcanzaron tal rango, sólo toma en esta efeméride académica la investidura que logró y mereció en anteriores lides, como los héroes que, tras expediente contradictorio, ven prendida en su pecho algún día, la medalla patria, que ganaron antes en franca lid a campo abierto.

Recuerdo y valga la anécdota personal aún a trueque de inmodestia, el afán con que un día busqué en Fuente Obejuna a don José Valverde, que ejercía a la sazón su profesión de notario en aquella histórica y ejemplar villa, porque ya me había ganado su fama de investigador y crítico en cuestiones de arte, que yo había leído en su magnífico trabajo de pintores hispalenses de la primera mitad del siglo XVI, en el cual se desvelaba casi completamente la gran figura de Antón Pérez, al maestro que por antonomasia lleva el apellido de aquella villa cordobesa, y es autor del monumental retablo que adorna el altar mayor de su parroquia.

Ya me anticipaba mi instinto de buscador de glorias cordobesas y aún de quienes las exaltan, que el autor de tan interesante trabajo llevaba dentro muchas enjundias que espoleaban mi interés hacia él. Porque en tal estudio, publicado en Archivo Hispalense, se trataba a Antón Pérez en toda su dimensión artística y cordobesa, y se le

atribuían magníficos retablos, hasta entonces inéditos, de la comarca sevillana; y además se nos devolvía plenamente a la filiación cordobesa ese otro magnífico pintor de la Virgen de la Rosa, patrona de los Navegantes, que señoreó en el San Telmo sevillano la escuela de náutica que creara el genio de la raza para descubrir mundos, el célebre Alejo Fernández, de naturaleza indudablemente cordobesa, si bien sus últimos biógrafos habían sufrido pequeños despistes, que rectificó plenamente nuestro nuevo compañero; y por fin, y además, junto con muchos pintores sevillanos, aparecen en ese trabajo otros cordobeses, u otros artistas que trabajaron en Córdoba en aquel magnífico período de la historia patria, en el que juega nuestra ciudad el interesante papel de ser la preparadora de la definitiva reconquista nacional con la expulsión de los moros granadinos, y los Reyes Católicos, tomando a Córdoba como cuartel general contra aquellos, fijan aquí largas temporadas su andariega y castrense corte, y tras de ellos vienen magnates, artistas, aventureros, hombres célebres e ilustres de todo orden y condición.

Diríase que Córdoba, fiel a su destino, recoge los reflejos de la última cultura islámica de Occidente, y prepara la expansión al nuevo mundo americano, gestando en lugares de tanta prosapia cordobesa como el Alcázar cristiano, el Convento de la Merced, la Posada del Sol, la plaza de El Salvador, la aldea de Trassierra y tantos otros, la magna empresa colombina, en cuya iniciación descubridora y en cuya continuación colonizadora tantos cordobeses de pro pusieron su empeño y aún su vida, haciendo buena la frase de Marcos Rafael Blanco Belmonte, de que allí donde hay un noble empeño en el mundo, aparece siempre un cordobés.

En esta lid espiritual que es la prueba de sangre para ingresar en una Academia, se liga en este caso, como mejoría mental de rango en su calidad de amor filial, el recorrido que nuestro flamante académico ha venido haciendo por el haz de nuestra provincia, recogiendo en ella glorias, aventuras y bellezas.

Así, su estancia profesional de pocos años en Fuente Obejuna, además lo ya aludido del pintor Antón Pérez, le sirve para estudiar las repercusiones de la muerte del Comendador, suceso que tan fértil viene siendo a la literatura española, y sobre ello estudia las fuentes del drama de Lope de Vega, y trabaja en sus estudios favoritos sobre las tablas de Bartolomé Ruiz y la pasión —la étnica pasional española— en los retablos de Fuente Obejuna; y más allá en Belmez

estudia su castillo, y la vida económica del pueblo hace dos siglos; y en Espiel estudia el castillo de El Vacar, y la campana mozárabe del Abad Sanson que se halló en su término, y los trabajos de Rodríguez Marín en el archivo espeleño, y la presencia del aventurero Casanova —el célebre Caballero Casanova— en la colonización de Sierra Morena que fraguó Carlos III, y la delimitación de su ambicioso término que llegaba casi hasta las lindes de Córdoba; y en Valsequillo recuerda datos históricos de la localidad, y describe la batalla de ese nombre; y en Fernán Núñez nos habla de cómo salvó a Cádiz contra los ingleses el Conde de ese título; y en El Carpio nos cuenta la azarosa juventud del VII Marqués del Carpio y episodios diversos de su vida, y cómo se creó en este pueblo archicordobés, ahí al lado nuestro, la famosa Venus del Espejo, que pintó Velázquez, y que ahora y siempre ha sido pasmo, admiración y absorto escándalo de quienes la contemplan....

Alto aquí. En nuestro recorrido provinciano, de la mano de don José Valverde, hemos llegado al Carpio, en cuyo palacio marquesal, acaso recién construido por aquel tiempo, a estilo de casona labraniega, lejanos ya los tiempos medievales que requerían el castillo y la defensa contra el moro, en esa casona donde el turbulento marquesito hace sus juegos y burlas de señorito andaluz, lejos de la vigilancia paterna que allá en la Corte madrileña sirve e interpreta los deseos de la Real Majestad, en esa casona vuelvo a repetir, para un día, camino de Málaga donde ha de embarcar para su segundo viaje a Roma, el gran pintor español don Diego de Silva y Velázquez, y ahí pinta a la famosa cómica Damiana, alegre musa de la crónica escandalosa de aquellos tiempos, con el más natural de los trajes, y surge la Venus del Espejo, andaluza y cordobesa por la gracia de Dios, que ha de necesitar dos siglos más para que el pincel de Goya le encuentre una digna émula, y aún otro siglo largo encima, para que Julio Romero vuelva a revivir en el lienzo las más gentiles y estéticas gracias del desnudo femenino.

Gran revuelo ha producido en el mundo de la crítica, y nada menos que en el Centenario de Velázquez, el certero descubrimiento. Todo el andamiaje de las suposiciones sobre la Venus velazqueña, que tanto intrigaba a los críticos se han venido al suelo. El mismo recato con que la casa del Carpio y su heredera la de Alba, tuvieron el cuadro en su colección particular hasta que salió de nuestra patria, todo han sido motivos de discusión y crítica, aun no del todo

acallados. Pero la Academia de Bellas Artes de Sevilla, tanto por aquel primer trabajo que dije, y sobre todo por esta magnífica aportación a la obra del sevillano Velázquez, ha nombrado Académico también a don José Valverde, convalidando por la tácita, como se diría en lenguaje jurista, el punto de vista de nuestro nuevo académico.

Sería largo seguir reseñando, aun a grandes rasgos, la labor de Valverde Madrid en este terreno histórico artístico, porque aun no hemos hablado de Priego, su patria. Sí, aunque nace casualmente en Madrid, Valverde es de Priego. Lo pregonan sus apellidos, allí nacieron sus padres, es pariente de los Valverdes que en estos últimos años han destacado públicamente más en Priego, como el famoso poeta y novelista don Carlos Valverde, que fué miembro de nuestra Academia y de su hijo recientemente fallecido que nos ha dejado en las Memorias de un alcalde la fe pública de su actuación política, y es también pariente de ese adalid de la cultura priegueña don José Luis Gámiz Valverde, que desde el Adarve priegueño, y desde los festivales de la Fuente del Rey, y desde la sección del casino, y de su conversación y actividades amenas y arrolladoras de simpatía es el mejor embajador de la sal y gracia de su tierra, y que por ello también esta Academia cordobesa lo acaba de designar miembro correspondiente en su ciudad; y por fin, Valverde Madrid ha casado con una priegueña, a cuya fina inteligencia me apresuro a rendir desde aquí mi respetuoso homenaje, y que además es hija de aquel catedrático de la Universidad sevillana, nacido y fincado en Priego, don Francisco Candil, al que tantas generaciones de andaluces deben su cultura jurídica, y al que también nuestra Academia rindió el tributo de su admiración inscribiéndole en su nómina para dorar con su nombre la lista de los elegidos.

Priegueño, pues, por los cuatro costados, hijo de aquella fina tierra en que el agua brota, canta y ríe, y es real y majestuosa, y labra y esculpe, y afiligrana y platea, no digamos si Valverde Madrid había de olvidar a sus paisanos ilustres, al escultor Alvarez Cubero, al Obispo Caballero Góngora, al Marqués de Priego y al Duque de Feria, y a cuantos priegueños, en fin, ennoblecieron aquel bello solar, envidia de Córdoba y Granada, con su valor, su inteligencia, su arte y su patriotismo.

Pero, no puedo seguir adelante, sin pedir perdón a Valverde Madrid, cuya principal característica personal es la modestia, con el

pormenorizado relato de sus trabajos. Diré finalmente, con la justa y mesurada reseña de una descripción notarial que los trabajos profesionales de Valverde Madrid, publicados casi todos ellos en la revista notarial, de Madrid, son numerosos, abarcan cuestiones jurídicas y económicas en general y durante varios años tiene a su cargo en dicha revista la redacción de una sección fija de comentarios de jurisprudencia. Quédese la relación biográfica y bibliográfica de todo ello, para la nota que en su día se publicará como apéndice a estos discursos académicos en el Boletín de nuestra corporación.

Don José Valverde Madrid nos ha traído en su discurso de entrada académica un verdadero regalo a los cordobeses, la vida y obra del pintor Antonio del Castillo y Saavedra.

De Castillo están llenos nuestros templos y aún casas particulares. Aunque Castillo murió joven, fué prolífico en su pincel. Los hijos que no tuvo de su sangre, los prodigó a centenares en el lienzo. Dice Ramírez de Arellano en su Diccionario de artistas cordobeses, que desde la mezquita catedral hasta la más humilde ermita cordobesa, en todas partes se hallan Castillos.

Nuestro nuevo compañero ha identificado más Castillos aún, y sigue coleccionando fotografías para empezar a confeccionar el repertorio gráfico de la obra del pintor cordobés acaso más representativo de todos los tiempos. Porque pesa sobre aquel lejano paisano, como sobre tantos otros ilustrísimos, el terrible sino del anonimato que tiene en la penumbra a tantos coterráneos nuestros. Muchos de sus cuadros no están firmados, los que tienen las iniciales A. C. han sido atribuidos unas veces a Alonso Cano el granadino, o a otros semejantes, y él mismo, firmando con burlesca gracia «Non pinxit Alfarus» de nuestro Museo cordobés, ridiculizó ab eternum a uno de sus engreídos discípulos.

Esta gran tarea en una vida relativamente breve, puesto que muere a los 41 años, nos recuerda la gran producción de nuestro Julio Romero, y es signo de una vocación artística que se ha de traducir en aplicación, en celo, en maestría, que ha de alcanzar aquella meta en la cual el artista, más que su mensaje personal, como se dice hoy de la pintura moderna o abstracta, transmite su mensaje étnico, y por él habla el espíritu de la raza, con la cual señorea y ratifica las cimas artísticas en lo espiritual y en lo estético.

De aquí que, cuando en la generación pasada se pretendía clasificar estilos, y no hallando donde colocar espiritualmente, más que estéticamente, a Castillo, se empezó a hablar de «escuela de pintura cordobesa», algunos se irritaban. Dice Ramírez de Arellano en la obra que antes cité, «la mal llamada escuela cordobesa». Y es, porque en esa altura cimera en que ya se colocan los verdaderos maestros, cuando sólo se alcanza el dominio estético, la escuela es uniforme y característica, como la escuela sevillana, o la castellana; pero cuando hay que aliar ambos conceptos, y el aliento de la raza es multiforme y casi ecuménico, la amplitud del concepto estilístico es igualmente grandiosa y difícil de encajar en los amplios lazos que la relacionan.

De los siglos pasados en que Córdoba tiene magníficas expresiones pictóricas, tenemos en el XV un Bartolomé Bermejo, soberbio, magnífico, el más recio pintor de España como ha dicho Tormo, porque en sus personajes —recordad su Santo Domingo de Silos— en sus atuendos, sus brocados, sus joyas, sus gestos, hay albor de imperio; tenemos en el XVI un Céspedes renacentista, de amplia cultura —pintor, poeta, arquitecto, escultor—; tenemos en el XVII a nuestro Castillo, todavía algo poeta y erudito, pero pintor muy doméstico, de una España hogareña que empieza a recogerse y limitarse en el que asoma lo íntimo y familiar —recordad la serie de sus vírgenes con pañuelito anudado al cuello como humilde menestrала—; y por fin nuestro Romero de Torres, que muestra en la desnuda gracia de sus mujeres, en un ambiente de lejana tradición y misticismo, evocadores de valores históricos, el espíritu demótico de la raza, asomado a los ojos infinitos de sus modelos.

Y nos preguntamos lo que hay de comun entre estos pintores que hemos escogido como símbolos de los últimos cuatro siglos de nuestro arte pictórico. Podemos contestar; en lo espiritual, el alma universal del cordobés, en lo estético la seria y esmerada corrección del dibujo. «Correctísimas de dibujo, dice el autor que aludimos antes, como compendio de otras opiniones y algunas de hermoso color —recordad el bellissimo colorido del martirio de San Pelagio, en el trascoro de la Catedral, que acaso ha podido guardar mejor la viveza de sus colores por la semipenumbra en que se halla—, si bien otras pálidas y desabridas».

En el Cristo de la Inquisición, el Cristo de la Cárcel, recogido por Romero Barros para el Museo, hermosa y trágica pintura de

Calvario, una de las mejores y más representativas de Castillo, digna de su maestro Zurbarán, hay un vago tono gris que domina el colorido de toda la composición. Pero ¿no es esto mismo un dominio estético para regular la escena misma que representa y el ambiente en que iba a ser situada?

No hemos sin embargo, de defender el colorido en los pintores cordobeses, sobre todo desde que la crítica nos arrebató a Valdés Leal, discípulo de Castillo, pero de colorido y movimiento sevillanista. Nos basta con la serena maestría de su dibujo para que fijemos las características estéticas de una «escuela cordobesa», que desde el profesor Mayer en su gran historia de la pintura española, está identificada y proclama a Castillo como su gran epígono.

Viene ahora, como anillo al dedo, el recuerdo de un criterio que para diferenciar, dentro de las escuelas andaluzas, la cordobesa y la sevillana, sin cometer el gran error de meterlas en el mismo saco, las compara a las italianas en sus diferencias florentina y veneciana. La primera es seria y casi fría, pero correcta, de gran finura de dibujo, de gran elegancia en la composición —recordad al Giotto o a Sandro Boticelli—. La escuela veneciana, en cambio, como la sevillana, es movida, alegre, colorista —recordad a Tintoretto, a Tiziano—. Los cordobeses, como los florentinos, son hijos de una ciudad señorial y elegante, callada y casi triste, y sus campos, la campiña toscana y los campos cordobeses, son idénticos y de dulce voluptuosidad. Los venecianos, como los sevillanos, viven en ciudades ruidosas y alegres, coloristas y sensuales —el diablo anda suelto por Sevilla, decía Santa Teresa—, y sus afueras se festejan con las movedizas olas del Adriático o con el apresurado rizo del Guadalquivir.

Ved por qué llamamos a Castillo, desde su época, muy nuestro y muy cordobés, como desde hoy llamamos muy cordobés y muy nuestro a Romero de Torres, como en tiempo de los Reyes Católicos fué también muy nuestro, con su aire de gesta y reconquista, con sus lujos de botín y de guerra, a Bartolomé Bermejo.

La gratitud que no ya la Academia, sino la Córdoba tradicional y culta debe desde hoy a don José Valverde Madrid, por habernos traído el tema de Castillo es extraordinaria, no solo porque actualiza un tema que podríamos llamar vernáculo, sino porque con sus dotes de investigador y de crítico ha enriquecido la vida y la obra de Castillo de increíble manera.

La biografía de Antonio del Castillo la podríamos calificar de

misteriosa hasta que se ha compuesto este trabajo que acabais de oír. Como el gran Daza de Valdés, el padre de la óptica moderna; como el gran Albucasis, padre de la cirugía; como el mismo Bermejo de que antes hacía yo referencia; como el gran Osio; como tantos y tantos cordobeses de universal altura, apenas si sabemos de ellos algo más sino que fueron cordobeses. Pero, cuando nacieron o murieron, cuales fueron sus avatares vitales, en muchas ocasiones donde reposan sus restos, son misterios históricos, para cuya resolución hay que fiar en la ventura de los tiempos.

Fuera de las tres o cuatro anécdotas sobre la vida de Antonio del Castillo, contadas por Palomino o desprendidas de su propia obra, y que el señor Valverde ha tenido buen cuidado en recordarnos, casi nada se sabía documentalmente del gran pintor cordobés del XVII.

Pero ahora, acaso por la sagacidad notarial de nuestro ya compañero de Academia, sabemos que se casó tres veces, que no tuvo hijos, las casas donde vivió y los apuros económicos que, a pesar de su gran laboriosidad, le acosaron alguna vez, todo aquello, en fin, que la prolija documentación escribanil de aquellos tiempos ha transmitido a la posteridad en los polvorientos archivos de la ciudad. Y aún después del discurso que acabais de oír, todavía sigue encontrando más documentación sobre la vida particular y profesional —los contratos y precios de sus cuadros— del ilustre paisano.

Se necesitaba esta labor paciente y sabia para atreverse a tratar de Antonio del Castillo. Había sido este un tema deseado para las modernas generaciones de investigadores, pero hasta que don José Valverde no lo ha hecho, ahí quedaba la tarea virginal e intocable. Gracias, señor y amigo Valverde Madrid, porque desde ahora, Castillo es mucho más maestro, más conocido, más íntimo para nosotros, sus paisanos; y para los forasteros, para los críticos que hayan de estudiarle desde ahora en adelante y valorarlo en sí, en su medida, en su ambiente, en su circunstancia, que tanta importancia tiene en la producción de cualquier obra, el camino está diáfano y expedito.

No es lo mismo que un artista pinte joven o viejo, que su niñez haya sido alegre y juguetona o huérfana y triste, que su economía sea desahogada o apretada, que su salud sea sana y longeva como la de los viejos dioses paganos, o precaria y minada por una afección incurable, como el mal gálico que llevó a Castillo a la tumba, a los 51 años de su vida (1616-1667); cada uno de esos factores im-

primen un sello en el carácter, en la vida, en la impronta espiritual de cada persona.

Y hasta que no se analizan esos factores, como lo ha hecho Valverde Madrid con apurada investigación y fino celo, no se puede acometer con fruto el estudio de la obra de un artista.

Y qué diremos de la obra de Castillo catalogada por Valverde. Sabíamos, lo dicen todos sus críticos, que había sido fecunda y que no sólo todo Córdoba está lleno de sus cuadros, como antes decíamos, sino en muchos pueblos de la provincia —un Castillo en Belmez, Castillos en Bujalance, espléndidos Castillos de batallas en el palacio de los Condes-Duques de Fernán Núñez y muchos otros—, y en muchos museos del extranjero, donde han ido a parar por rapacidades bélicas o por comercio de chamarilería.

Pero ahora la lista se ha agrandado con la labor escrutadora de Valverde Madrid, y se ha enriquecido con la fotografía de todos sus cuadros conocidos o identificados, tan extensa, que pone en verdadero apuro económico a nuestra Academia, si ha de reproducirlos todos en fotograbado, como es nuestro deseo, cuando se haga la publicación de este interesantísimo discurso de recepción académica.

No en balde, los más finos investigadores y conservadores de la riqueza artística de Córdoba, en lo que ya podemos llamar la generación pasada, y me refiero a la familia Romero, sin excepción, en todos sus elementos, tuvieron siempre a Castillo casi como uno de sus ídolos.

Don Rafael Romero Barros, recogió, limpió, restauró y copió a Castillo cuanto pudo. Esto último, para dejar generosamente, como en el Cristo de la Cárcel, la copia en lugar del original, que había de ser ya guardado y reverenciado condignamente en el Museo de Bellas Artes por él creado. Enrique Romero de Torres, dándole a Castillo el lugar preferente en el Museo que ha reformado, ampliado y embellecido, evocando su obra, analizando su arte.

Enrique Romero de Torres tuvo toda su vida una verdadera pasión exaltadora por Castillo, e investigó casi toda su biografía, quedando incumplido su verdadero deseo, que le oímos sus amigos muchas veces, de hacer el libro de Castillo, en el que se recogiera toda su vida y su obra, reivindicando así para las generaciones actuales la gloria del mejor pintor cordobés del XVII. De todos modos, nuestra Academia oyó el día 17 de enero de 1928 (número 21 de este «Boletín») una conferencia de Romero de Torres, en la que descu-

bría la biografía casi íntegra del notable pintor Castillo, y esperamos que entre sus papeles se encuentre la conferencia íntegra o al menos un extracto que publicaríamos con júbilo. De la obra de Castillo ya hemos dicho que Romero fué un infatigable investigador, que identificó muchos de sus cuadros y aumentó grandemente la lista de ellos.

Nuestra generación ha tributado ya a Antonio del Castillo, con los trabajos que compendia el discurso de Valverde Madrid, la deuda que la patria, en cada uno de sus momentos, tiene con los hijos que le han dado lustre y fama. Y de este saldo, los amigos y compañeros del vencedor en la tarea, nos sentimos igualmente satisfechos y contentos.

Gracias por todo ello, don José Valverde, en nombre de la Academia, y en nombre de la Córdoba culta, porque habéis venido a dorar y abrillantar con vuestro discurso de entrada en esta centenaria Corporación el viejo lema cordobés que tiene por mote ser casa de guerrera gente y de sabiduría ilustre fuente.

Nota de las publicaciones que don José Valverde Madrid tiene en esta fecha:

Trabajos jurídicos: Artículos sobre «El Crédito refaccionario», «Garantías del contrato de renta vitalicia», «El derecho de tanteo por pisos», «Sobre la Reforma Hipotecaria», «El carácter temporal del comisario», «La falta de licencia marital», «Los parafernales confesados», «Recordando a Hinojosa», «Efectos de los parafernales confesados», «Un libro del profesor Ossorio Morales», «La reversión censal», «La inscripción del heredero voluntario», «El derecho del aparcero a convertirse en arrendatario», «El Registro de Actos de Ultima Voluntad», «El Registro de Tutelas» y «Comentarios de Jurisprudencia» en las Revistas de Derecho Notarial y Nuestra Revista.

Trabajos históricos: Artículos sobre «Repercusiones de la muerte del comendador de Fuente Obejuna», «Fuentes del drama Fuenteovejuna», «La pasión en los retablos de F. Obejuna», «Antón Pérez, el pintor», «Sobre el Castillo de Belmez», «Las tablas de Bartolomé Ruiz», «La vida económica belmezana en el siglo XVIII», «El Castillo del Vacar», «Rodríguez Marín y el archivo de protocolos de Espiel», «La campana del Abad Sansón»,

«Notas históricas de Valsequillo», «La batalla de Valsequillo», «Un episodio del VII Marqués del Carpio», «El aventurero Casanova», «La primera delimitación de Espiel», «La juventud del VII Marqués del Carpio», «Cronistas cordobeses de Carlos V», «La venus del Espejo», «El retablo del adelantado Montemayor», «El retrato de Bayeu del Obispo Caballero», «Una escultura de Alvarez Cubero», «Cómo salvó a Cádiz el Conde de Fernán Núñez», «Paralelo del Marqués de Priego y el duque de Feria», «Pedrajas, el escultor del rococó», «Un cuadro de Castillo en Bélmez», «La pintura sevillana en el siglo XVI», «Un cuadro de Murillo», «Dos retratos cordobeses de Murillo», «Los retratos de Dal Borro y del Marqués de Leganés», «El maestro platero García de los Reyes», «Cuatro personajes en Ecija en 1588», «El último jefe de las galeras de España», «El VII Marqués del Carpio virrey de Nápoles».

Conferencias en la R. Academia de Córdoba: sobre «Don Martín de Córdoba», «Un San Eulogio del pintor Agustín Grande», «La flota del primer califa» y «El escultor Gómez de Sandoval» y en Priego sobre «Priego durante el reinado de los Reyes Católicos».



Alegoría de la Pintura,
por Mateo Inurria.